

NORMAN SPINRAD

JINETES DE LA ANTORCHA

PREMIO JUPITER 1974



Durante un millar de años, la Migración ha seguido adelante. Dos mil cuarenta naves antorcha buscan el nuevo hogar de la humanidad. Mientras los pilotos fijan el rumbo y exploran las rutas del espacio, sigue desarrollándose la actividad humana en todas sus formas y los exploradores buscan un planeta que pueda reemplazar a la destruida Tierra.

El mayor de los compositores de senso, Jofe D'mahl, acaba de completar su obra más ambiciosa: una historia simulada de la Migración, pero los exploradores del vacío le roban la escena el día del estreno, al anunciar el hallazgo del planeta Edén, que puede ser el final de la búsqueda. D'mahl se enfurece y decide recoger el guante que le han arrojado: aventurarse al vacío y regresar con las noticias que los exploradores se niegan a divulgar.

Una joya de especulación de intensidad que solo un autor como Spinrad podía abordar. No en vano Ursula K. LeGuin le ha calificiado como «uno de los mejores autores de relatos con que cuenta el género».

1

Con destellos de arcoiris en su ajustado traje de espejo, con un floreo arremolinado de capa negra, Jofe D'mahl irrumpió a través de la pantalla trémula que formaba la pared del lado de la nave en su gran salón, a los acordes iniciales de la Quinta sinfonía de Beethoven. La trémula se rizó en toda la gama del espectro cuando su carne la atravesó, anunciando visualmente su presencia con luces estroboscópicas de mercurio. Las cabezas se volvieron, los cuerpos se inmovilizaron y la fiesta se interrumpió durante un largo latido mientras él saludaba a sus invitados con una leve reverencia irónica. La fiesta recobró su ritmo cuando echó a andar sobre el suelo neblinoso hacia una bandeja flotante de destellantes. Ya había hecho su entrada.

D'mahl eligió una esfera morada, se llevó el destellante a la boca y hundió sus dientes en una esponjosidad exquisitamente quebradiza que dio lugar a una abrumadora oleada de terciopelo, un orgasmo gustativo. La primera colección de una tal Lina Wolder, le había dicho Jiz, y, como siempre, Jiz había seleccionado una triunfadora. Integró el nombre en sus bancos de memoria, conectándolo a la pista sensorial de los últimos diez segundos, y lo incluyó en la actual lista de invitados. Sí, por cierto: una estrella en auge digna de tenerse en cuenta.

Integrando la flotadora para que le siguiera, avanzó a grandes pasos por entre la niebla multicolor que le llegaba

a la rodilla, saludando con la cabeza, volviéndose, otorgando miradas de sus ojos verde oscuro, saboreando el ambiente que había creado.

D'mahl había conseguido por medio de halagos que el propio Hiro Korakin diseñara el gran salón según su interpretación de la personalidad de D'mahl. Korakin había colgado en el exterior del mismo casco de la nave una inmensa losa semicircular de esmeralda sinteada, y había cubierto este enorme balcón con burbujas de transparente plex, proporcionando a los invitados de D'mahl un imponente e intransigente panorama del universo de la humanidad. Dado que la Excelsior se hallaba próxima al centro de la Migración, el gran concurso de naves formaba una tiara sobre el horizonte del salón, una triunfante ciudad enjoyada de fulgurantes luces. A diez kilómetros hacia proa, la interfase de hidrógeno era una película de aurora extendida sobre la indecorosa desnudez del espacio interestelar.

Pero mirar desde el balcón hacia abajo, hacia el esbelto y brillantemente iluminado precipicio del casco cilíndrico de la Excelsior, era enfrentarse a una vista que sorbía, babeante, el alma: el abismo interestelar sin fondo, un infinito pozo de negrura en el cual las miríadas de estrellas se convertían en iridiscentes motas de un polvo sin importancia, una nada que se prolongaba eternamente en el tiempo y en el espacio. En un punto indefinible de aquella oscuridad, el chorro invisible de la antorcha de la Excelsior se fundía con los de otras dos mil treinta y nueve naves para formar una cola de cometa de un casi invisible fuego púrpuro que poco a poco menguaba hasta un frágil hilo que parecía extenderse interminablemente en el abismo: la estela de la Migración, remontándose hacia atrás en el espacio y en el tiempo a lo largo de centenares de años luz y de casi diez siglos, una pista visible que el ojo parecía capaz de seguir a través de los tiempos hasta el perdido jardín de la Tierra.

Jofe D'mahl sabía perfectamente que a sus invitados esta visualización en realidad directa de su situación existencial básica les resultaba inquietante, pavorosa y quizás incluso de mal gusto. Pero eso era problema de ellos; para él, la vista era tonificante, lo cual, por supuesto, reforzaba justificadamente la alta opinión que D'mahl tenía de sí mismo. No en vano Korakin estaba considerado como el mejor psicotecto de la Migración.

El salón, empero, había sido decorado por el propio D'mahl, con la inevitable colaboración de Jiz Rumoku. Sobre el traslúcido piso de esmeralda había plantado un campanilleante bosque de árboles de rubí y zafiro, de diamante y de amatista; sintes minuciosamente detallados de las antiguas formas de vida, que agitaban sus resplandecientes hojas de cristal ante la más mínima corriente de aire. Además, había realzado el efecto mediante una neblina perfumada que recogía la incandescencia interior de los árboles en sutiles matices de azul, rojo y lavanda, y habitualmente mantenía una gravedad de 0,8 g para sintonizar con la magia del ambiente. A fin de suavizar las aristas del cristal, Jiz le había conseguido una colección de cuarenta pelusoides, unos peludos globos en suaves tonos de verde, marrón, gris y mostaza que flotaban erráticamente a la altura del suelo hasta que alguien se sentaba sobre ellos. Si Korakin había captado el lúcido núcleo íntimo de D'mahl, Jofe había expresado el estilo neobarroco de sus sentidos más recientes, y, para D'mahl, la obra de arte conjunta constituía un canto a la paradoja que era la Migración. Para sus invitados, constituía un canto a la paradoja que era D'mahl. En cuanto a él, el propio D'mahl no se dignaba hacer tal distinguo.

La lista de invitados era otra obra de arte en el estilo neobarroco de D'mahl: una constelación de personas seleccionadas para rozarse ronroneantemente aquí, sonar discordantes allí como fragmentos de vidrio roto, producir fertilización cruzada en otro lugar y, en general, mantener hir-

viendo la vieja caldera kármica. Jans Ryn, como de costumbre, se exhibía ante un grupo heterogéneo en el que figuraban el jefe de antorcha de la Excelsior, dos terristas de la Kantuck y Tanya Daivis, el áspid de terciopelo. Una acalorada discusión entre Delta Reed y Trombleau, el astrofísico de la Glade, estaba congregando otra conspicua multitud. Invitados menos conspicuos flotaban de un lado a otro haciendo cosas menos conspicuas. La fiesta necesitaba un catalizador para que su antorcha empezara verdaderamente a flamear.

Y a las 24.00 este catalizador se integraría rectamente en sus dulces mentes: la integración inaugural del nuevo senso de Jofe D'mahl, Los Holandeses errantes. Dmahl había elaborado al directo a partir del vacío, y no lo ignoraba.

—... mediante selección regresiva más allá del punto de radiación original, y luego siguiendo toda la línea hasta el olmo...

—... más brillante que mil soles, eso dijeron en Alamo Gordo, Jans, y sólo nos separa un mamparo y un campo de flujo...

—... qué prometeico debes sentirte...

—Jof, este nova asegura que ha identificado una pauta espectral sintonizada a la vida orgánica —le llamó Dalta, arrastrando momentáneamente a D'mahl hacia su órbita.

—¿En una cinta de muestreo estelar? —preguntó D'mahl con incredulidad.

—En teoría —admitió Trombleau.

—¿Dónde he oído eso antes? —replicó D'mahl, metiéndose en la boca otro de los destellantes Wolder. Culebreó entre sus dientes y en seguida explotó con un estallido agridulce que casi inmediatamente se disolvió en un persistente sabor ahumado. No está mal, pensó D'mahl, alejándose con unos pasos de danza de la boca abierta de Trombleau antes de verse envuelto en la discusión.

D'mahl revoloteó entre la niebla, saludó a Arni Sirnkov, dio una palmada en el trasero a Darius Warner, y se acercó

al grupo de invitados que rodeaban a John Benina, quien había tenido el punto de vista del Holandés del buque fantasma. Estaban intentando sonsacarlo acerca del senso, pero John sabía que si hablaba de más antes del estreno sus posibilidades de volver a trabajar con Jofe D'mahl serían exactamente nulas.

—Vamos, Jofe, cuéntenos algo de Los holandeses errantes —le rogó una mujer vestida con una nube de rocío amarillo brillante. D'mahl no la recordaba con su carne, pero no se tomó la molestia de integrar su identidad. En vez de ello, mordió un destellante cúbico que se atomizó al entrar en contacto con sus dientes, bloqueando todas las sinapsis de su boca durante un demencial micropulso. Eeg.

—Dos pistas —dijo D'mahl—. John Benina interpreta uno de los dos principales puntos de vista y el senso es un revoltillo de mitos.

Se alzó una gran protesta colectiva, a cuyo amparo D'mahl rebotó en dirección de Jiz Rumoku, de pie en una bruma verde en compañía de alguien a quien no alcanzaba a distinguir.

Jiz Rumoku era la única persona que disfrutaba del privilegio de llevar sus propios invitados a las fiestas de D'mahl, y prácticamente la única persona que, sin haber participado en la producción, tenía cierta idea de qué trataba Los holandeses errantes. Si pudiera decirse que Jofe D'mahl tenía una compañera de alma (lo cual era dudoso), ésa era ella.

Iba vestida, como de costumbre, a la última moda del día siguiente: un traje con pantalones de un género verde-morado iridiscente que parecía rígido, un mosaico de formas geométricas planas que se ceñía a las curvas de su cuerpo como una armadura medieval. Pero las facetas del traje se articulaban sutilmente al más leve movimiento, produciendo un fantástico efecto de insecto que quedaba contrarrestado por la elevada cresta plumosa en que su larga cabellera negra había sido estati-moldeada.

La atención de D'mahl, no obstante, se dirigió hacia su acompañante, pues era obvio que se trataba de un sorbevacíos. Se cubría únicamente con un minúsculo pantaloncillo azul y unas ligeras zapatillas de color castaño. No había un solo pelo en su cuerpo, y su calva cabeza estaba teñida de plata. Pero, al margen de su apariencia general, bastaba verle los ojos para identificarlo instantáneamente; unas ventanas de plex azul que se abrían a un universo infinito de negrura total, confinado en el interior de su reluciente cráneo por algún acto de prestidigitación topológica.

D'mahl integró en los bancos la imagen visual del sorbevacíos. «Identificación», subvocalizó. El nombre «Haris Bandoora» apareció en su mente. «Datos adicionales», volvió a subvocalizar.

«Haris Bandoora, cincuenta años estándar, actualmente al mando de la nave exploradora Bela-37, que regresó a la Migración el martes pasado a las 4,987. Informe no disponible en tiempo real».

No cabía duda de que esta vez Jiz había encontrado algo sabroso, un sorbevacíos tan recientemente llegado de la gran nada que el Consejo de Pilotos aún no había dado a conocer su informe.

—Bienvenido a la civilización, tal y como es, comandante Bandoora —comenzó D'mahl.

Bandoora volvió el vacío de sus ojos hacia D'mahl.

—Tal y como es —repitió, con una voz fría y clara que pareció resumir, juzgar y condenar toda la historia de la humanidad en cinco sílabas letales.

D'mahl apartó su mirada de aquellos pozos negros y contempló los almendrados ojos de Jiz, y por unos, instantes sus sensorios intercambiaron las integraciones como un saludo privado. Jofe vio su propio cuerpo enfundado en espejos y percibió la calidez que suscitaba en ella. Besó sus labios con los de Jiz, saboreando la humosidad eléctrica de los destellantes que había comido. Cuando sus labios se separaron, interrumpieron simultáneamente la integración.

—¿Qué hay en ese informe suyo que los Pilotos todavía no lo han pasado a los bancos, Bandoora? —preguntó D'mahl en tono de conversación. (¿En qué otra forma se podía entablar una charla de circunstancias con un sorbevacíos?)

Los finos labios de Bandoora se abrieron en lo que tanto habría podido ser una sonrisa como una mueca de dolor. D'mahl sintió que los parámetros emocionales de aquel hombre eran totalmente ajenos a su experiencia, directa o sinteada.

Nunca antes había prestado atención a los sorbevacíos, y en aquel momento se preguntó por qué. Podían ser el tema de un senso increíble.

—Han encontrado un planeta —le anunció Jiz—. Habrá un boletín general a las 23,80.

—¡Baba! —exclamó D'mahl, cargando la palabra con los matices de casi todos los sentimientos que esta información había despertado en él. Los sorbevacíos estaban constantemente enviando informes de algún nuevo y prometedor sistema solar, haciendo que la Migración modificara su rumbo durante unos cuantos meses mientras ellos se adelantaban a efectuar observaciones con sus sondas, para establecer una nueva ruta hacia la siguiente Ultima Thule en el momento que se difundía la noticia de que la anterior no era más que otro desierto de roca y gases venenosos. Los sorbevacíos habían estado dirigiendo la Migración en una zigzagueante trayectoria por el espacio durante la mayor parte de un milenio; el último informe, por consiguiente, no era precisamente ninguna noticia cósmica a ojos de D'mahl. Pero era indudable que, durante tres meses al menos, sería el principal tema de conversación, y la integración de un boletín general justo antes de su estreno era una magnífica forma de robarle el escenario, una auténtica patada a su ego. Baba.

—Esta vez las probabilidades parecen buenas —aseguró Bandoora.

—Siempre lo parecen, ¿no es cierto? —replicó D'mahl sarcásticamente—. Y siempre ocurre lo mismo. Si hay algún planeta en la zona habitable, tiene una gravedad capaz de arrancarle a uno la cabeza, o su atmósfera es una sabrosa mezcla de flúor y cianuro. Bandoora, ¿no tiene a veces la sensación de que algún inexistente personaje cósmico está intentando decirle algo que usted se niega a escuchar?

La expresión interna de Bandoora pareció resquebrajarse por debajo de su carne impasible. Un tic hizo temblar su labio inferior. ¿Qué he dicho ahora?, se preguntó D'mahl. Aquellos sorbevacíos debían haberse internado mucho por vectores bastante extraños.

Jiz se echó a reír forzosamente.

—La antorcha que Jof cabalga es toda ego —observó—. Está quemado porque el boletín le restará atención a su estreno. ¿No es así, Jof, monstruoso egomaniaco?

—No desdeñes el ego —respondió D'mahl—. Es todo lo que nos separa de este poco convincente universo en el que tenemos el mal gusto de estar atrapados. Dado que mi opinión de mí mismo es lo único que conozco que en el orden kármico se halle por encima de mi propio y magnífico ser, mi ego es lo único que he encontrado que valga la pena reverenciar. ¿Y sabes en qué me convierte eso?

—En insufrible —sugirió Jiz.

—En un ser humano —dijo D'mahl—. No puedo evitar serlo, conque más vale que intente disfrutarlo.

—Un boletín del Consejo de Pilotos. —Las palabras se infiltraron en la mente de D'mahl con un razonable grado de suavidad, un considerable adelanto con respecto a aquellos tiempos en que los Pilotos se habían creído con el derecho de inducir a la gente a una fuga sensorial total siempre que se les ocurría—. Diez..., nueve... ocho... siete... —D'mahl tiró de un pelusoide verde e inmovilizó la flotante nube de partículas posando su trasero sobre ella. Jiz y Bandoora tomaron asiento a ambos lados de él—. Seis... cinco... cuatro...

Los invitados que se encontraban de pie buscaron un lugar en que sentarse; no había modo de saber por anticipado cuánto podían durar aquellos boletines. Los Pilotos tienen un concepto muy exagerado de su propia importancia, pensó D'mahl. ¿Y en qué los convierte eso?

—Tres... dos... uno...

En seres humanos.

D'mahl se sentó en un banco en el centro de un pequeño anfiteatro. A su alrededor, distribuidas en varios niveles, había dos mil cuarenta personas ataviadas con las arcaicas guerreras militares de color azul que se remontaban a una época en que la función de Piloto de una nave era un rango paramilitar más que un cargo electivo. A D'mahl le pareció un tanto ridícula la uniformidad vestimentaria, y el holo con el firmamento diurno de un planeta semejante a la Tierra, banal y opresivo; pero lo cierto era que la mayor parte de los Pilotos, con su ingenua noción de la situación existencial de la Migración, le resultaban algo estúpidos y más que un poco patéticos.

Ryan Nakamura, un hombre de blanca cabellera que había presidido el Consejo de Pilotos durante más tiempo del que nadie deseaba recordar, avanzó lentamente hacia él, posó ambas manos sobre sus hombros y, a continuación, se sentó a su lado. Nakamura olía a un desagradable perfume concebido para sintear el aroma a sabiduría y a dulzona decadencia del pergamino mohoso... En cuanto artista, D'mahl juzgó este efecto competente, aunque dolorosamente obvio; en cuanto ciudadano, le resultó paternalista y ofensivo.

Nakamura se inclinó hacia él y, al mismo tiempo, el anfiteatro se desvaneció y se hallaron cómodamente sentados, los dos solos, sobre una superficie abstracta completamente rodeada por un firmamento preñado de estrellas.

—Jofe, la nave exploradora Bela-37 ha regresado a la Migración con el informe de que a uno y medio años luz de nuestra posición actual hay un sistema solar que contiene

un planeta potencialmente habitable —le anunció gravemente.

D'mahl habría querido bostezar ante la cara del viejo pomposo, pero, naturalmente, el intérprete del punto de vista le hizo volverse con interés hacia Nakamura mientras el Presidente seguía parlotando.

—El Consejo ha aprobado por 1839 votos contra 201 que se altere el vector de la Migración hacia este nuevo sistema, denominado 997–Beta, en tanto llegan los informes de la sonda.

D'mahl se encontró sentado hacia la mitad de la altura del anfiteatro, mientras Nakamura proseguía formalmente desde un podio en la arena, por debajo de él.

—Nos cabe la sincera esperanza de que nuestra prolongada migración esté llegando por fin a su anhelado final; de que, en el transcurso de nuestras propias vidas, los hombres volvamos a pisar las verdes colinas de un planeta vivo, con un cielo sobre nuestras cabezas y el olor a seres vivientes en nuestro olfato. Concluiremos este boletín con breves extractos del informe de Haris Bandoora, comandante de la Bela–37.

En el podio, Nakamura hizo un fundido y se convirtió en Haris Bandoora.

—Bela–37 estaba siguiendo un curso a treinta grados del vector delantero de la Migración —explicó Bandoora con voz neutra—. Antorcha a cero coma nueve...

D'mahl estaba de pie en el puente de la Bela–37, una pequeña sala redonda repleta de aparatos de impresionante aspecto y cubierta por una cúpula de plex levemente azulado para compensar la desviación Doppler hacia el rojo, pero, por lo demás, completamente expuesta a la terrible gloria del vacío profundo. Sin embargo, uno de los cuatro sorbevacíos que ocupaban el puente era una mujer que, por lo que a D'mahl se refería, fácilmente superaba el espectáculo estelar. Vestía un pantalón muy corto y zapatillas y era totalmente calva, como los demás, con el cráneo

teñido de plata, pero sus pechos preternaturalmente cónicos y su resplandeciente carne de firme musculatura convertían lo que de ordinario se hubiera considerado un desagradable efecto en un paradigma abstracto de la belleza femenina. La cuestión de si la atracción que sentía hacia ella era exclusivamente suya o bien se debía al intérprete del punto de vista —al parecer, el propio Bandoora— no tenía la menor importancia.

—Preparada para analizar y registrar el sistema 997–Beta —anunció la asombrosa criatura. D’mahl se aproximó a ella, deseando hundirse en el pozo sin fondo de sus ojos de sorbevacíos. Lo que hizo, en cambio, fue decir con la voz de Bandoora:

—Muéstranoslo, Sidi.

Sidi manipuló el cuadro de mandos situado ante ella (¡qué arcaísmo!) y en el centro geométrico del puente se formó el holo de una estrella amarilla con el diámetro aproximado de una cabeza humana. D’mahl intercambió tensas miradas con el resto de la tripulación, sintiendo físicamente aumentar su excitación.

—Los planetas... —dijo.

Aparecieron cinco pequeñas partículas redondas que giraban en tiempo comprimido alrededor del sol amarillo.

—La zona habitable...

Un toro verde transparente apareció en torno al holo de 997–Beta. El segundo planeta quedaba dentro de sus límites.

Hubo un jadeo audible y D’mahl sintió que su cuerpo se estremecía.

—El segundo planeta —ordenó la voz de Bandoora—. Al máximo.

El holo de la estrella se desvaneció, sustituido por un pálido y borroso holo del segundo planeta, con un diámetro unas cuatro veces superior. El planeta parecía salpicado con zonas marrones, verdes, azules, amarillas y moradas,

pero el holo carecía de definición y oscilaba como si estuvieran viéndolo a través de kilómetros de aire caliente.

Una voz impersonal empezó a recitar la lectura de los instrumentos.

—Gravedad aproximada 1,2 g más menos el diez por ciento... Temperatura media aproximada treinta y tres grados centígrados más menos seis grados... Composición atmosférica aproximada: helio, nitrógeno y oxígeno como componentes principales... Porcentajes no determinables con los datos actuales... Indicios de dióxido de carbono, argón, amoníaco, vapor de agua... Relación aproximada entre superficie líquida y sólida, 60–40... Composición de los océanos no determinable con los datos actuales...

D'mahl sintió que la tensión de su cuerpo se liberaba a través de sus cuerdas vocales en un grito sin palabras que se sumó a los «¡Hurra!» de sus compañeros. Oyó que sus labios decían, con la voz de Bandoora:

—Es la mejor prospección que ninguna nave exploradora ha encontrado en toda mi vida.

D'mahl estaba sentado en el anfiteatro mientras Bandoora se dirigía al Consejo.

—Se envió de inmediato una sonda a 997–Beta–II. Bela–37 saldrá dentro de veinte días para interceptar el frente de ondas con los datos de la sonda. Calculamos que podremos regresar con información concluyente dentro de medio año estándar.

D'mahl era un punto de vista abstracto en el vacío espacio. Un enorme y nebuloso holo de 997–Beta–II se cernía ante él como una fantasmagórica fruta prohibida mientras las palabras que resonaban en su mente le anunciaban:

—Aquí termina el boletín del Consejo de Pilotos.

Todos los presentes en el gran salón de Jofe D'mahl comenzaron a parlotear, gesticular y moverse excitadamente por todas partes. Una cabeza tras otra, todas se fueron volviendo hacia el grupo compuesto por D'mahl, Jiz y Bandoora. D'mahl sintió crecer en su interior una lenta quema-

dura, pues sabía a quién iban dirigidas aquellas miradas de fascinación.

—Bien, ¿qué me dices de eso, Jof? —inquirió Jiz, con un pícaro filo cortante en la voz.

—No ha estado mal —respondió fríamente D'mahl—. Apenas si puede considerarse arte, pero he de admitir que como propaganda resulta eficaz.

De nuevo Bandoora pareció extrañamente impresionado, como si las palabras de D'mahl hubieran hurgado en alguna herida interior.

—El planeta, Jof. ¡El planeta!

Luchando por controlar una creciente oleada de cólera, D'mahl logró forzar una maliciosa sonrisa.

—Me he fijado más en Sidi —contestó—. Los sorbevacíos encuentran planetas que vistos de lejos parecen igual de buenos mucho más a menudo de lo que uno encuentra cuerpos que vistos de cerca parezcan igual de buenos.

—Se diría que el futuro de la humanidad le parece un tema bastante cómico —observó Bandoora en voz alta, traicionando por vez primera su incomodidad.

D'mahl integró la hora. Eran las 23,981. Todos sus invitados estaban discutiendo animadamente las posibilidades de que por fin hubieran dado con una bola de lodo habitable, y Los holandeses errantes estaba a punto de empezar. Incorporándose de un salto, gritó:

—¡Bandoora, se ha pasado usted demasiado tiempo en la gran nada! —El mero volumen de su voz bastó para atraer la atención de todos los invitados hacia su persona—. Si yo estuviera encerrado en una nave exploradora con Sidi, me ocuparía en cosas más interesantes que un planeta de escoria.

—¡Es usted un degenerado y un egomaníaco, D'mahl! —replicó devotamente Bandoora, provocando las carcajadas que D'mahl esperaba.

—Culpable de ambos cargos —admitió D'mahl—. Es cierto que soy un egomaníaco: como todo el mundo, soy el